

Gráfico

CRÓNICAS

de Tlapacoyan



ALFONSO
DIEZ GARCÍA
CRONISTA DE
TLAPACOYAN
alfonso@
codigodiez.mx

La leyenda del tesoro perdido

Tlapacoyan, el sitio ideal para los buscadores de tesoros

Varios sucesos de los últimos días me obligan a volver sobre este tema: ¿Existe un tesoro enterrado en Tlapacoyan? En parte debido a mis publicaciones sobre el tema y/o con la duda que les han dejado pláticas familiares desde principios o mediados del siglo pasado, se me han acercado para preguntarme, entre otras cosas, ¿De quién era la casa que describo en una de mis crónicas, de hace algunos años, como escenario de la búsqueda de un tesoro a mediados del siglo pasado? ¿Dónde estaba ubicada? ¿Dónde más puede haberlos? ¿Hay algún entierro de este tipo en la que fue nuestra casa familiar?

Una magnífica amiga, que lo es desde la infancia, me ha insistido. Dice que se va a meter a esta casa y va a tirar un muro tras otro por la noche, hasta encontrar el posible entierro. Le advertí que no se meta en un problema penal y que ahora ya hay una manera científica de buscar, por medio de un detector de metales, pero que necesita el permiso escrito del actual dueño. Según ella, varias personas le han dicho que han visto a mi abuelo, quien falleció en marzo de 1943, cuidando cierto rincón de la casa y ella cree que se debe a que enterró "algo" ahí. No es la única que me ha llegado con este cuento o con otras historias de aparecidos. Falsos, desde mi punto de vista.

Pero volvamos al punto inicial. Antes de morir, Vicente Contreras Vázquez me reveló que había un tesoro enterrado en Tlapacoyan. Algunos de los detalles de esta sensacional revelación los publiqué en estas páginas hace años, en una crónica a la que titulé "Buscadores de tesoros". ¿Quién era el que me hizo esta revelación?

A mediados de los setentas tuve la oportunidad de tratar con diversos buscadores de tesoros. Dirigía el diseño y fabricación de detectores en

Oscar Pulido. En ésta, los tres últimos se dedican toda la película a buscar el tesoro enterrado en una vieja casa, hasta que al final, tras hacer explotar un muro lo encuentran.

El Tesoro de la Sierra Madre, la magnífica novela de B. Traven, también fue llevada a la pantalla; en la cinta, Humphrey Bogart, Walter Huston, Tim Holt y Bruce Bennet encuentran su tesoro, pero "El Indio" Bedoya les cobra la factura, de una manera trágica.

La leyenda del Tesoro Perdido, con Nicolas Cage, y La Isla del Tesoro, basada en la magnífica novela de Robert Louis Stevenson son otras de las muchas películas que se han hecho sobre tesoros ocultos.

El Rey Salomón, de quien se afirma que escribió los libros de El Eclesiastés, Los Proverbios y El Cantar de los Cantares, del Viejo Testamento, casi mil años antes de nuestra era extraía oro desde un lejano lugar al que sólo se conocía como "El país del Punt".

Se sabe de un supuesto tesoro que traían a México, vía Veracruz, los españoles republicanos, en 1939, a punto de terminar la guerra civil en España, a bordo de un yate conocido solamente como "El Vita", cuyo cargamento también desapareció.

Ahora que están de moda las nuevas Apps para celulares y los dispositivos que los convierten en equipos de otro tipo, sería buena idea que alguien desarrollara lo necesario para que funcionen como detectores de metales, de electricidad y/o de lo que reclaman los nuevos tiempos. En realidad, parece ser que ya hay algo desarrollado al respecto.

Hay busca tesoros que utilizan estrategias muy personales para lograr su objetivo. Algunos creen que cuando van a intentar desenterrar algo de valor tienen que pedir permiso al muerto que hizo el entierro. Otros utilizan la Radiestesia que, en síntesis, afirma que el oro, la plata y otros minerales emiten radiaciones electromagnéticas que se pueden percibir por medio de cierta horquilla, un péndulo o dos varillas acomodadas en determinada posición. Ambas son producto de la ignorancia. Lo cierto es que un equipo detector de metales puede servir para



Para nuestra historia: Agraristas armados, dice el pie de foto en el libro de Jorge Benavides en que está se localiza ésta.

gente y nadie mejor que usted para saber qué hacer a partir de lo que le voy a contar", me dijo. "Ni siquiera quisiera yo que se enteraran en mi familia, porque los pondría en peligro". En resumen, me contó que poco antes de que yo trabajara con él lo habían ido a ver a su negocio de detectores dos personas, una de San Rafael y otra de Tlapacoyan, para pedirle que los acompañara a buscar algo que tenían la certeza de que estaba enterrado en cierta casa de Tlapacoyan, pero no sabían en qué lugar exacto. El los interrogó, como siempre lo hacía y quedó en que iría con ellos a hacer la localización a cambio del pago de un porcentaje determinado de lo que encontrarán.

El de San Rafael no recuerdo cómo se llamaba y del de Tlapacoyan sí me dijo su nombre, pero permítanme no revelarlo. Le llamaremos el señor X. Me sorprendió saber quién era porque durante toda mi vida lo traté como alguien de mi familia, que lo fue; mi tía, su esposa, era ya su viuda. Muchas Navidades, cenas de Año Nuevo, bodas y reuniones en su casa o en la de nosotros los pasamos juntos. Tengo recuerdos inolvidables tanto de él como de mi querida tía y de sus hijas e hijos.

El caso es que llegó Vicente a la casa en Tlapacoyan en que se iba a hacer la búsqueda, guiado por el señor X y por la otra persona, de San Rafael. "Pasó" dos o tres tipos de detectores por los lugares que él pensaba podían ser los idóneos. Fueron a otra propiedad en las afueras de la ciudad e hizo ahí la misma operación. Yo conocía perfectamente la manera de trabajar de Contreras; antes de hacer el trabajo de campo con los equipos que llevaba, interrogaba a profundidad a quienes lo contrataban para, primero, determinar si era posible que existiera en realidad algún entierro de dinero, monedas de oro y/o plata, joyas; y después, si aceptaba el trabajo, ya en el lugar, ubicar cuáles eran aquellos sitios donde alguien hubiera podido esconder algo de valor. Me contó muchas de sus experiencias a lo largo de los años que trabajé con él. Todas eran diferentes, pero tenían puntos en común.

A la mitad del segundo día de trabajo en Tlapacoyan, Contreras habló con sus empleadores y les dijo que quería cambiar los términos del trato con ellos: en lugar de que le dieran un porcentaje de lo que encontrarán les iba a pedir determinada cantidad de dinero. Ellos le preguntaron si esto lo hacía porque veía difícil que hubiera algo enterrado y él les respondió que al contrario, veía muchas posibilidades de que tuvieran éxito, pero ellos estaban armados y no quería correr el riesgo de que lo mataran para no darle su parte, que podía ser una gran cantidad de dinero, de acuerdo con su experiencia. Ellos aceptaron, le pagaron tres días, contando con que habría un día más de trabajo. Vicente depositó el dinero en el banco y continuaron.

Al tercer día, por la noche, se sentaron los tres a tomar un café en la cocina del lugar y Vicente les volvió a hacer sus preguntas acostumbradas acerca de quiénes habían sido los dueños del lugar, cuándo y a qué edad habían fallecido, ¿el que enterró lo que buscaban era hombre o mujer? ¿a qué se dedicaban? Pero los otros dos se

exasperaban y le preguntaron si ya se daba por derrotado, si iba a necesitar más tiempo para encontrar lo que buscaban. Contreras les respondió que ya sabía donde estaba "el entierro": "Está en esta pared, aquí, en la cocina" y señaló hacia un punto determinado. Los otros se levantaron de inmediato y fueron por las herramientas necesarias. perforaron en el lugar señalado y efectivamente, ahí estaban varias ollas de barro. Las sacaron y todas contenían monedas de oro.

Vicente se fue a dormir a su hotel y al otro día temprano se regresó en autobús a la Ciudad de México. No volvió a ver a quienes lo contrataron. Era un hombre con una gran experiencia en ese campo y un gran conocedor de la naturaleza humana. Una magnífica persona.

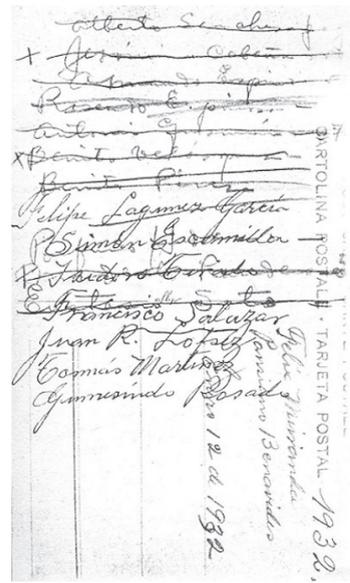
Volvamos, años después, al punto en que me estaba relatando lo que ahora yo repito. "Pero hay algo que no les dije a ellos y que ahora quiero que sepa usted", me dijo muy serio; "Hay más oro en ese lugar. Durante mis prospecciones localicé otro punto en el que estoy seguro de que hay más oro. Estuve a punto de decirselos, pero la actitud del que no era de Tlapacoyan no me gustó y ya no les dije nada. Obviamente, yo no podría regresar jamás a ese lugar, porque iban a sospechar y me podían hacer algo. Nada más piense usted, cómo entro. Si esto, por otra parte, se lo digo a mi familia, son capaces de que van a ir el día que yo falte y como usted sabe, tengo puras hijas; dígame si las voy a exponer".

Vicente me dejó más que sorprendido y con muchas preguntas: ¿Dónde estaba esa casa? ¿Dentro o fuera de Tlapacoyan? (habían estado en propiedades dentro y fuera de la ciudad). ¿Cuál era la dirección, o cómo se podía llegar al lugar? ¿Fue en casa de alguno de ellos? Ya era tarde. Su esposa nos esperaba para salir del festejo con Contreras, pero él me ofreció: "No, no era la casa donde viviera alguno de ellos, pero no se preocupe, ingeniero, le voy a hacer un croquis de cómo llegar. Deme unos días y se lo entrego. Ya le dije lo principal, así que le voy a dar ese dato. Cuente con él." Era sábado y quedamos en hablar el miércoles siguiente. Llegó el día y llamé con mucha discreción, como él me había pedido, pero me informaron en su oficina que no se había presentado a trabajar. Llamé a su casa y supe que estaba enfermo. Le dejé recado con una empleada. No quise ser inoportuno y dejé de llamar varios días; una o dos semanas después me encontré con un amigo mutuo, Andrés Gómez Fariás, quien me dio la pésima noticia: "Vicente falleció, tenía cáncer; acabo de estar con su esposa y, por cierto, estuvimos hablando de ti". ¿De qué? Le pregunté, con la esperanza de que Contreras me hubiera dejado algún recado, algún sobre. "Del tiempo que trabajaste con ellos, la señora se expresa muy bien de ti", me respondió.

El señor X falleció, así que ya no era posible hablar con él para decirle que había que buscar en la misma propiedad donde Contreras me dijo que habían encontrado oro. El único que podía revelar algo sería el de San Rafael, pero, ¿Quién era? Me han contado en Tlapacoyan de otras búsquedas de tesoros, con y sin detectores. No podría decir si en alguno de los casos se trate de la misma casa en la que estuvo Vicente; y, por otra parte, cuando alguien tiene éxito en su búsqueda, difícilmente cualquier otra persona se va a enterar.

Mi querido primo, Raúl, y otras personas, me han contado de diversos descubrimientos de monedas enterradas que han sido encontradas en algunas casas de Tlapacoyan. Yo mismo conservo monedas de las que se utilizaban para pagar a los empleados en la Hacienda El Jobo. Éstas dicen: "Viuda de Diez e hijos. Hda. El Jobo" y se conservan en dos denominaciones, de 5 y de 25.

El problema final
Tengo un programa que se transmite por radio y televisión desde Martínez de la Torre, los llama, de una a dos de la tarde. Se llama "La historia de la



En la parte posterior de la foto de agraristas se lee lo que aparece en ésta: los nombres de los agraristas fotografiados. Juan R. López, quien los encabeza, presidente de Tlapacoyan en 1932-33, fue supuestamente quien ordenó detener "a como diera lugar" a Eulogio Ávila Camacho, quien terminó asesinado.

historia" y se transmite por el 104.5 de FM, por el canal 8 y por internet en www.canal8ms.tv. El caso es que me fue a ver hace unas semanas una señora que insistía en hablar conmigo. Antes llamé y le dijeron que no la podían comunicar. Fue a la estación, le pidieron que esperara, pero se metió hasta la cabina y después de hablar conmigo brevemente le pedí que me esperara a que terminara el programa, que estaba a diez minutos de finalizar. Jeny, la recepcionista, me explicó que no la pudo detener. Cuando salí ya no estaba, pero hace unos días se me acercó cuando salí tras terminar mi programa. Iba con una sobrina. Nos fuimos a tomar un café y me explicó, me dijo que había leído mi crónica acerca de los buscadores de tesoros hace años y que entonces se percató de que sabía quién era el dueño de la casa donde se quedó enterrado el tesoro y dónde estaba esa casa. La razón de que tuviera esos datos era muy simple: su mamá había trabajado con la persona en cuestión y le platicó, cuando ella era una niña, que habían ido unos buscadores de tesoros a las dos casas que el señor X tenía en Tlapacoyan. Una de ellas, yo sabía cuál era, de la otra no me quiso dar datos. Me dijo que había comentado sobre esto con un amigo y que éste le había impedido que se comunicara conmigo, por eso hasta ahora lo hacía. El amigo falleció. Temía decirselo a alguien más, por razones obvias. Quedamos en reunirnos en Tlapacoyan e ir a la casa en cuestión. Yo le dije que había que seguir la ruta correcta, legal y dado que las hijas del señor X eran mis primas yo hablaría con ellas para hacer algún trato, en caso de que fueran propietarias de la casa en cuestión para buscar con detectores de metales el lugar exacto del entierro. Hicimos una cita para la siguiente semana en el restorán Las Acamayás, pero ella no llegó.

Hace poco, la sobrina que la acompañaba me llamó para avisarme que su tía había fallecido. Estaba muy enferma de un cáncer en el pulmón que resultó terminal. Se la llevaron a Xalapa y ahí falleció. La sobrina no tiene la menor idea de dónde estaba la casa cuya ubicación me iba a revelar su tía.

El problema final a resolver es, otra vez: ¿Dónde está enterrado ese tesoro? El caso se ha convertido en un misterio sin solución. Por algo afirmo que la realidad es en muchas ocasiones más sorprendente que la fantasía. Como si fuera de ficción, es la leyenda del tesoro perdido.



Una de las monedas que se empleaban en la hacienda El Jobo para pagar a los empleados.

Detectores, S.A. y, aunque teníamos equipos electrónicos para detectar armas (tipo arco), humo, fuego, fugas de agua, electricidad y otros, los más buscados eran los portátiles que detectaban metales.

En una ocasión, poco antes de que dijera adiós a la empresa para poner una propia, Vicente Contreras Vázquez, el dueño y con quien tenía una buena amistad, me dijo que había estado en Tlapacoyan buscando un tesoro enterrado, pero no sería sino hasta dos décadas después cuando me contó todos los detalles. Me sorprendí entonces porque hasta un familiar mío estaba involucrado en la aventura (llamémosle así), como veremos más adelante.

Contreras escribió varios libros acerca de la búsqueda de tesoros. Por nombrar algunos: "Secretos de la localización de tesoros", "Millonario en una noche", "El Tesoro de Moctezuma se Asoma", "Historias de Tesoros" y "Radiestesia" (no creo en este campo, por cierto). Hay muchos otros relatos, de diversos autores, pero las historias que contaron Martín Luis Guzmán y Rafael F. Muñoz son inolvidables. El primero, en las "Memorias de Pancho Villa", dice que cuando Villa atacaba Torreón (creo que esta era la ciudad), llegó a verlo el jefe de la oficina de Telégrafos del lugar para informarle que tenía una buena cantidad de oro (no recuerdo por qué razón) y que la había enterrado, que en cuanto entraran a la ciudad le iba a indicar el sitio exacto en que estaba oculto. Una vez tomada Torreón, Villa mandó por el funcionario, pero su asistente le informó que éste había muerto en la acción. Muñoz, por su parte, en "Oro, caballo y hombre", relata que cuando el temible general Rodolfo Fierro, separado ya de Villa y en su huida, el 13 de octubre de 1915, intentó cruzar la Laguna de Guzmán, ubicada cerca de Nuevo Casas Grandes, Chihuahua, pero llevaba tal cantidad de oro escondido en las alforjas sobre su caballo y en su persona que se hundió con todo y el animal; no quiso desprenderse de la fortuna que cargaba y perdió la vida con ella. Años después, dice también el novelista, se vio a un grupo de japoneses explorando la laguna, con la intención de rescatar el oro.

Diversas películas tratan el tema de los que buscan tesoros, una de ellas es Cuidado con el Amor, con Elsa Aguirre, Pedro Infante, El Piporro y



Como esta "ollita", llena de monedas de oro, se han encontrado en diversos entierros hechos en la primera mitad del siglo pasado.